

La montaña alta

Para ascender a la cima de una montaña podemos hacerlo de muchas maneras: O bien buscando los atajos que nos llevarían a culminar la meta más pronto. O bien, dejándonos llevar por el camino ya hecho que nos deparara un viaje en tranquilidad y beneplácito con llegada fácil. Pero habrá algunos más impetuosos, amigos de la aventura que buscarían lo escarpado del terreno con ascensos vertiginosos y la cumbre más alta entre abismos y alturas empinadas.

Es la opción la que va definiendo nuestro trayecto en la búsqueda de realización según el proyecto de vida que nos planteemos en nuestra existencia. Jesús lleva a sus discípulos a la montaña y en el camino les va preguntando “quién es Él, qué dicen de Él”. Se van desgranando respuestas al gusto. Pero viene la pregunta decisiva: “¿Y ustedes quién dicen que soy Yo?” Pedro interrumpe como bajando de la cúspide: “Tú eres el Cristo”.

La vida cristiana es un ascenso permanente. Es posible que algunos, inscritos en el discipulado, comiencen a sentir cansancio y se paren, pierdan el norte, quieran descansar o, incluso, regresar a sus antiguas dejadeces, mediocridades. Jesús plantea una única opción: La Cruz. La de cada día, la de nuestras convivencias, aquella que entreteje la vida en las relaciones humanas con un rostro de bondad, de solidaridad, de fraternidad dando la vida hasta la sangre.

La palabra clave en el Evangelio, la que dice su esencia y define su verdad es ‘seguimiento’. No se siguen ideas ni proclamas, menos ideologías. Se sigue a una persona que deja huella, que convoca a la solidaridad universal con el último de la sociedad. Y vamos tras Él a su ritmo, pasión y entrega. Sólo pide ‘seguirlo’ escuetamente, sinceramente. También pide transparencia, coherencia y testimonio de vida. Que el mundo sepa por nuestras obras a quién seguimos.

Cochabamba 19.06.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com